

***EL ASESINATO DEL
MAGISTRADO
Los casos del juez Di***

Robert van Gulik

**Traducción:
Juan Jiménez Ruiz de Salazar**


QUATERNI

Título original: The Chinese Gold Murders
Copyright © 1959 by Robert van Gulik

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española para todo el mundo

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

EL ASESINATO DEL MAGISTRADO. Los casos del juez Di. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941802-8-6

EAN: 9788494180286

IBIC: FFH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de portada: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Grafo, S.A.

Depósito Legal: M-26409-2014

Impreso en España

19 18 17 16 15 14 (10)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Nuestros lectores habituales ya habrán advertido que *El asesinato del magistrado* es la primera novela ambientada en China que publicamos en Quaterni.

La decisión de salir de Japón surge por la necesidad de adentrarnos y explorar también otros lugares tan remotos y desconocidos para el lector occidental como lo es el País del Sol Naciente. Así, para seguir creciendo, en 2015, además de la segunda y tercera entrega de las aventuras del juez Di, publicaremos también nuestros dos primeros libros de un autor bengalí.

Japón continuará abarcando la mayor parte de nuestros títulos, pero creemos que es el momento oportuno para rescatar y publicar por primera vez en castellano a algunos de los mejores autores de la literatura asiática y del lejano oriente.

Como editorial especializada en literatura oriental no podíamos dejar pasar la oportunidad de mostrar al lector hispanoparlante cómo la tradición de resolver misterios se desarrolla en todas las civilizaciones orientales y así hemos

decidido crear nuestra colección *Grandes Detectives* en las que tienen cabida personajes tan atrayentes como dispares: Hanshichi y el juez Di, que son de sobra conocidos; Kyōgokudō, de *El verano de la ubume*; o Byomkesh Bakshi, al que conoceremos en los próximos meses.

En cuanto a la novela propiamente dicha, su indiscutible calidad literaria, así como la diversión que proporciona, provocó que, desde la primera recomendación que recibimos por parte de uno de nuestros más fieles lectores —al que agradecemos muchísimo su información—, cayéramos rendidos a los pies de este popular personaje de la literatura china; algo nada extraño, pues el propio Robert van Gulik quedó prendado del juez desde que lo descubrió en un anónimo del siglo XVIII.

Las aventuras del juez Di mezclan en dosis justas el arte de la deducción propia de un detective racional al estilo de Sherlock Holmes con unos interrogatorios y unas investigaciones a un ritmo único y un final sorprendente al que, no obstante, el lector puede llegar, pues recibe, junto con el protagonista, las pistas necesarias para resolver cada caso. El único defecto que podríamos achacar al libro es que en él no aparecen las escenas de tortura que abundan en la literatura china de este género, pero, como bien indica el autor, dichas escenas alejaban al lector occidental y no le permitían disfrutar de la verdadera seña de identidad del juez: su inteligencia.

Es necesario aclarar también que, a diferencia de las ediciones anteriores, hemos decidido rescatar las aventuras de este suspicaz juez en orden cronológico, es decir, no vamos a seguir el orden de la publicación original de Van Gulik, sino que viajaremos de la mano del juez desde el año 663,

en el que ocupa su primer cargo como magistrado, hasta el 681, en el que finalizan sus aventuras.

Además de realizar una nueva traducción, hemos querido hacer un regalo a los seguidores del personaje: podrán disfrutar de una aventura adicional, totalmente inédita, que forma parte del libro *Judge Dee at work* y que nos ofrece una perspectiva única de la sociedad y de los valores familiares de la época.

Nuestro deseo es que los lectores disfruten de la obra tanto como lo hemos hecho nosotros. Si ya conocían al juez, esperamos que los motivos argumentados a lo largo de este prólogo compensen la compra de esta nueva edición; si no lo conocen, supone un enorme placer para Quaterni ofrecerles la oportunidad de adentrarse en la China Imperial del siglo VII. Una vez caigan en las redes del juez, estamos casi seguros de que nos acompañarán a lo largo de toda la colección.

Quaterni

***EL ASESINATO DEL
MAGISTRADO***



PRIMER CAPÍTULO:

Tres viejos amigos se separan en un pabellón y un magistrado se encuentra con dos forajidos en la carretera

El encuentro y la despedida son constantes en este inconstante mundo, donde la felicidad y la tristeza se alternan como el día y la noche.

Los funcionarios vienen y van, pero la justicia y la bondad permanecen, tal como lo hace el sistema imperial, inmutable por siempre.

TRES HOMBRES saboreaban silenciosamente su vino en el piso superior del Pabellón de la Felicidad y la Tristeza, que tenía vistas al camino que cruzaba la puerta norte de la capital imperial. Desde tiempos inmemoriales, este viejo restaurante de tres pisos, construido con tablones de madera de pino, había sido el lugar tradicional donde funcionarios metropolitanos iban para despedirse de los amigos que marchaban a puestos en el interior, y donde volvían para recibirlos cuando, al terminar su mandato, volvían a la capital. Como indicaba el poema citado anteriormente, que estaba grabado en la puerta principal, el pabellón obtenía su nombre de esta doble función.

El cielo estaba cubierto. La lluvia primaveral caía como una oscura cortina que no tenía visos de cesar nunca. Dos trabajadores del cementerio, que estaba tras la loma, tuvieron que buscar refugio bajo un viejo pino, apiñándose lo más juntos posible.

Los tres amigos habían compartido una sencilla comida vespertina. Sin embargo, ahora, el momento de la despedida se acercaba. Los difíciles últimos momentos habían llegado, aquellos en los que uno busca, en vano, las palabras adecuadas. Los tres tenían unos treinta años. Dos vestían los gorros de brocado propios de los secretarios residentes y el tercero, al que despedían, el gorro negro de un magistrado de distrito.

El secretario Liang dejó su copa de vino con gesto decidido.

—¡Es el hecho de que sea tan completamente innecesario lo que más me irrita! —dijo impaciente—. ¡Hubieras tenido el puesto de secretario residente con tan solo pedirlo! De ese modo, hubieras trabajado codo con codo con nuestro amigo Hou aquí presente. Hubiéramos continuado nuestra agradable vida juntos, aquí, en la capital, y tú...

El magistrado Di había estado toqueteándose con impaciencia su larga barba, negra como el carbón. En ese momento, interrumpió abruptamente a su amigo.

—Ya lo hemos hablado muchas veces y yo... —Se contuvo rápidamente y continuó con una sonrisa que representaba una disculpa—. ¡Ya te he dicho que estoy hastiado de estudiar los casos criminales sobre el papel!

—No es necesario que dejes la capital por eso —remarcó el secretario Liang—. ¿No hay suficientes casos interesantes aquí? Por ejemplo, ¿el caso del secretario de la Junta de Finanzas, Yua-Te Wang, creo que se llamaba, el tipo

que asesinó a su conserje y escapó con treinta lingotes de oro de la Tesorería? El tío de nuestro amigo, Kwang Hou, secretario general de la Junta, pregunta todos los días en la Corte por novedades, ¿no es así, Hou?

El tercer hombre, que llevaba la insignia de secretario de la Corte Metropolitana, pareció preocupado.

—No tenemos todavía ninguna pista sobre el paradero de ese canalla. ¡Es un caso interesante, Di! —respondió, tras dudar un poco.

—Como sabéis —respondió con indiferencia el magistrado Di—, ese caso tiene la atención personal del propio presidente de la Corte. ¡Todo lo que tú y yo hemos visto del caso son unos pocos documentos y copias rutinarios! ¡Papel y más papel!

Cogió la jarra de peltre donde estaba el vino y rellenó su copa. Todos se habían quedado en silencio. Después de la pausa, el secretario Liang dijo:

—¡Por lo menos podías haber elegido un distrito mejor que Penglái, ese lúgubre lugar lleno de niebla y lluvia, tan lejos de la costa! ¿No conoces las extrañas historias que se cuentan de aquella región, desde tiempos antiguos? Dicen que, en las noches de tormenta, los muertos se alzan de sus tumbas y aparecen formas extrañas en la niebla que llega desde el océano. Incluso dicen que todavía quedan hombres tigre que se deslizan por los bosques de la zona. ¡Y encima lo haces para ocupar el lugar de un hombre que ha sido asesinado! Cualquiera que estuviera en su sano juicio hubiera rechazado el puesto si se lo hubieran ofrecido, ¡pero tú incluso lo pediste!

El joven magistrado apenas le había prestado atención.

—Piénsalo, un asesinato misterioso que resolver, ¡justo cuando uno llega a su puesto! ¡Tener la oportunidad desde

el principio de librarse de ese vetusto teorizar y de la burocracia! ¡Por fin voy a tratar con hombres, amigos míos, con hombres de verdad! —dijo entusiasmado.

—No te olvides del muerto con el que tendrás que tratar —dijo con sequedad el secretario Hou—. El investigador que se envió a Penglái informó de que no había ninguna pista sobre el asesino del magistrado, ni sobre el motivo del criminal. Y ya te he contado que parte de los papeles sobre el asesinato desaparecieron sin dejar rastro de los archivos de la Corte, ¿verdad?

—Las implicaciones de ese hecho —agregó rápidamente el secretario Liang—, ¡las conoces tan bien como nosotros! Significa que el asesinato del magistrado tiene ramificaciones aquí en la capital. ¡Quién sabe qué nido de avispas vas a agitar y en qué intrigas de funcionarios en posiciones de poder te verás envuelto! Has aprobado todos los exámenes literarios con honores, tienes un gran futuro ante ti en la capital. ¡Y prefieres enterrarte en ese lugar solitario, Penglái!

—Te recomiendo, Di —dijo animado el tercer joven funcionario—, que reconsideres tu decisión. Aún hay tiempo. Podrías argumentar fácilmente una súbita indisposición y pedir un descanso por enfermedad de diez días. Escúchame, Di. ¡Te lo digo como amigo!

El magistrado Di se percató de la mirada suplicante en los ojos de su amigo. Se sintió profundamente conmovido. Apenas había conocido a Hou durante un año, pero se había formado una muy buena opinión de su brillante mente y sus excepcionales habilidades. Vació su copa de vino y se levantó.

—¡Aprecio tu petición como una muestra más de tu devota amistad! —dijo con una cálida sonrisa—. Ambos

tenéis toda la razón. Sería mejor para mi carrera si me quedase en la capital, pero me debo a mí mismo tomar este camino. Los exámenes literarios a los que acaba de referirse Liang no los considero una rutina, no siento que cuenten para mí. Y tampoco tengo en cuenta los años de burocracia que he tenido en los Archivos Metropolitanos. Todavía tengo que probarme a mí mismo que realmente soy capaz de servir a nuestro ilustre emperador y a nuestro magnífico pueblo. ¡La magistratura de Pengláí es el auténtico comienzo de mi carrera!

—O el final —murmuró suavemente Hou. Se levantó también y se acercó a la ventana. Los enterradores habían dejado su refugio y habían comenzado a trabajar. Palideció y rápidamente miró en otra dirección—. La lluvia ha parado —dijo con voz ronca al girarse.

—¡Entonces será mejor que me vaya! —exclamó el magistrado Di.

Juntos, los tres amigos descendieron por la estrecha y serpenteante escalera.

En el patio, un anciano estaba esperando con dos caballos. El camarero llenó la copa del estribo. Los tres amigos la vaciaron de un trago y entonces llegaron los confusos últimos mensajes y deseos.

El magistrado se subió a la silla de uno de los caballos; el anciano, en el otro. El magistrado Di agitó su látigo como despedida, mientras los dos cabalgaban por el camino hacia la carretera.

—No he querido decírselo a Di, pero, esta mañana, un hombre de Pengláí me ha contado unos extraños rumores que hay allí. Dicen que el fantasma del magistrado asesinado ha aparecido en el tribunal —le dijo Hou, preocupado, al secretario Liang, mientras observaban cómo se alejaban.



LA DESPEDIDA DE TRES AMIGOS

Dos días después, hacia mediodía, el magistrado Di y su asistente alcanzaron la frontera de la provincia Shantung. Almorzaron en un puesto militar, cambiaron sus caballos y continuaron hacia el este por la carretera hacia Pengláí. Esta los llevó hasta una región muy boscosa y llena de colinas.

El magistrado vestía un sencillo traje de viaje marrón. Sus ropas oficiales y unas pocas de sus pertenencias personales estaban en dos amplias alforjas. Como había decidido que sus dos esposas y sus hijos lo siguieran más tarde, cuando ya se hubiera asentado en Pengláí, pudo permitirse viajar ligero. Más tarde, su familia le traería el resto de sus posesiones y a los sirvientes en carromatos inclinados por el peso. Su asistente, Liang Hoong, llevaba las dos posesiones más valiosas del magistrado: la famosa espada Dragón de Lluvia, una herencia familiar de los Di, y el viejo escrito común sobre jurisprudencia e investigación, en cuyos márgenes había añadido el finado padre de Di, el consejero imperial, numerosas notas con una precisa caligrafía.

Liang Hoong era un antiguo criado que había estado con la familia Di en Tai-Yuan, incluso había cuidado del magistrado durante su infancia. Más tarde, cuando el magistrado se había mudado a la capital y preparado su propio hogar allí, el leal y anciano sirviente lo había acompañado. Había sido muy útil al cuidar del hogar, mientras actuaba al mismo tiempo como el secretario y confidente de Di. Y ahora había insistido en acompañar a su señor a Pengláí, su primer puesto en las provincias.

Mientras dejaba que su caballo se pusiese a un trote ligero, el magistrado se giró en la silla y dijo:

—Si se mantiene este tiempo seco, Hoong, deberíamos llegar esta noche a la ciudad guarnición de Yenchow.

Desde allí, podríamos salir pronto mañana por la mañana, de forma que lleguemos a Penglái por la tarde.

Hoong asintió.

—Deberíamos pedir al comandante de Yenchow que envíe un mensajero por delante de nosotros para avisar al tribunal de Penglái de nuestra inminente llegada y...

—¡No haremos nada por el estilo, Hoong! —le interrumpió de repente el magistrado—. El escriba superior, quien, después del asesinato del magistrado, fue puesto temporalmente al cargo de la administración, sabe que he sido designado, ¡y con eso basta! Prefiero llegar por sorpresa. Por eso, también rechacé la escolta militar que me ofreció el comandante del puesto fronterizo. —Como Hoong permanecía en silencio, su señor continuó—: He estudiado cuidadosamente el caso del asesinato del magistrado, pero, como sabes, falta la parte más importante, esto es: los papeles privados que se encontraron en la biblioteca del muerto. El investigador los trajo consigo a la capital, pero fueron robados.

—¿Por qué se quedó solo tres días el investigador en Penglái? —preguntó preocupado Hoong—. Después de todo, el asesinato de un magistrado imperial no es algo baladí; debería haber dedicado más tiempo al caso, y no haber salido de allí al menos hasta haber formulado una teoría acerca de cómo y por qué se cometió el crimen.

El magistrado Di asintió con energía.

—¡Y ese es uno de los muchos aspectos curiosos del caso! El investigador solo informó que el magistrado Wang había sido encontrado envenenado en su biblioteca, que se había identificado el veneno, la raíz pulverizada del árbol serpiente, que no se sabía cómo había sido administrado y que no había ninguna pista sobre el culpable ni sobre

el motivo. ¡Eso es todo! —Un poco después, continuó diciendo—: Tan pronto como los papeles de mi designación fueron firmados, fui a la Corte para visitar al investigador. Pero me encontré con que ya había partido hacia un nuevo destino en el lejano sur. Su secretario me dio el *dossier* incompleto. Dijo que el investigador no había comentado el caso con él, que no había dejado ninguna nota ni ninguna instrucción verbal acerca de cómo pensaba que debería llevarse el caso. Así que, ya ves, Hoong, ¡vamos a tener que empezar desde cero!

El anciano no respondió; no compartía el entusiasmo de su señor. Cabalgaron en silencio. Hacía ya algún tiempo que no se encontraban con ningún otro viajero, lo cual no resultaba extraño, ya que estaban atravesando una zona salvaje de la región; altos árboles y densos matorrales se alineaban a ambos lados de la carretera. Tras pasar una curva, dos hombres a caballo aparecieron de repente desde un estrecho camino lateral. Llevaban unas chaquetas de montar parcheadas, y su pelo estaba recogido con harapos azules sucios. Mientras uno apuntaba con la flecha que llevaba en su ballesta a los viajeros, el otro se acercó a caballo, con una espada desenvainada en la mano.

—¡Bajad del caballo, funcionario! —gritó—. ¡Nos lo llevaremos junto al del viejo para que no os den problemas!